

Herminio Madinaveitia

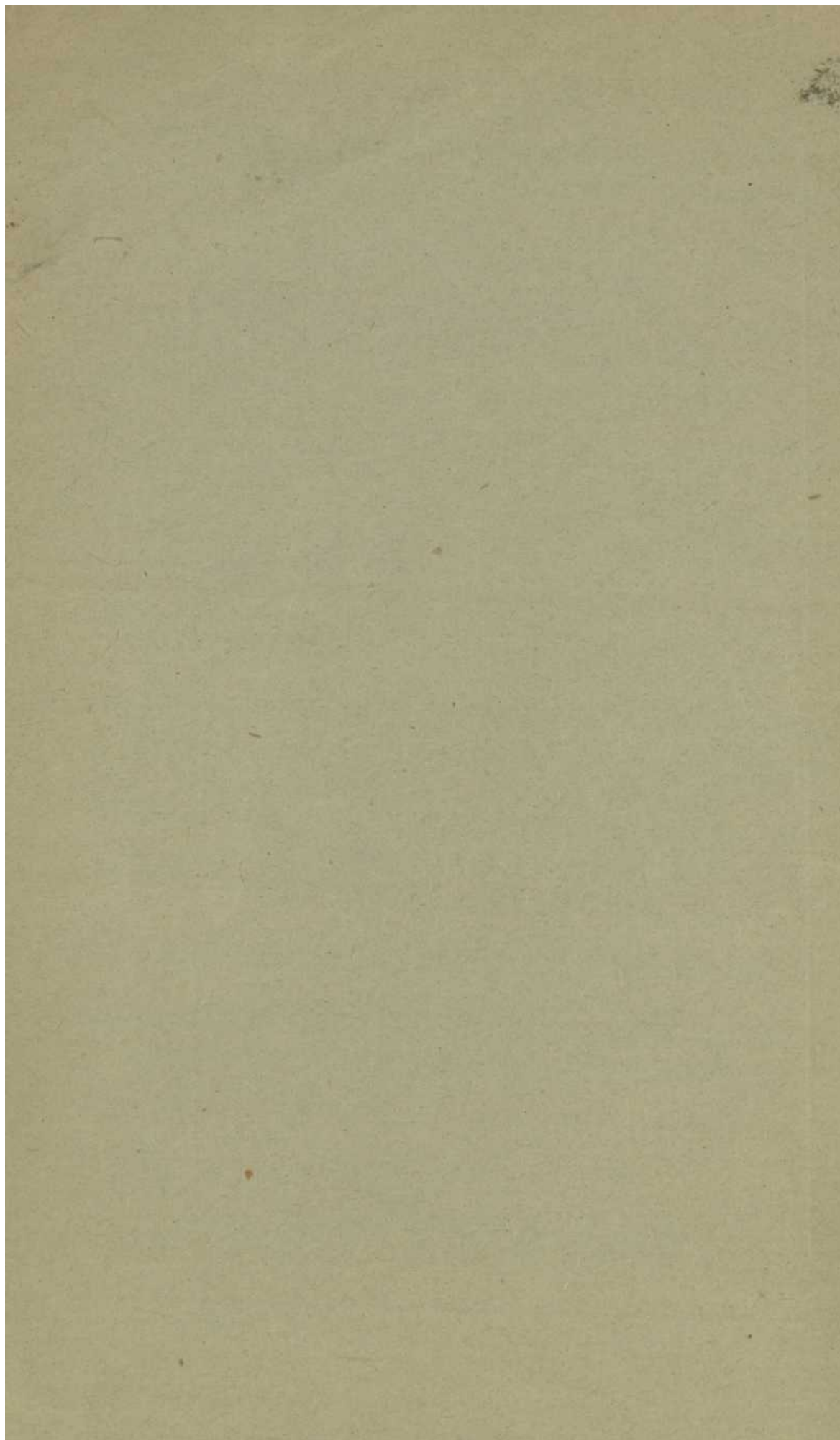
# DISCURSOS LITERARIOS

Heine y Becquer

La mujer y la poesía lírica

Tendencias literarias  
en la España del siglo XIX

VITORIA  
Imprenta de Domingo Sar  
1899



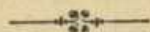
M-57170  
F-57919

ATA  
4969

A mi colega de Las orejas  
del Chantre en prueba de la  
carinosa amistad de

A. Madrazo y Aguirre

HEINE Y BECQUER



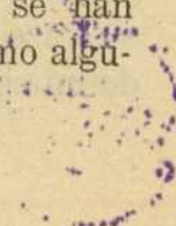




I

Si no contase con vuestra nunca desmentida benevolencia no se oiría mi voz aquí donde se ha escuchado la armonía de tanta palabra elocuentísima, y donde se respira el ambiente vivificador de la ciencia. Pero me mueve á hacerlo, escudado siempre en el respeto que os inspira todo el que ocupa este sitio, el deseo de estudiar á dos poetas eminentes, y la obligación de vindicar, en la medida de mis fuerzas, á un génio sevillano: Gustavo Adolfo Becquer.

Mi atrevimiento es tan grande como mi entusiasmo por el punto objeto de esta lectura, y solo así se comprende que tras largos dias de incertidumbre, de vacilación, me haya resuelto á escribir lo poco que sé respecto de Becquer y Heine, uno de los que ha escrito sus obras en un idioma del que no tengo ni rudimentos, aunque por fortuna, merced á las traducciones que de él se han hecho, es tan conocido en España como algunos de nuestros vates nacionales.



Y como las obras poéticas son el reflejo de la manera de ser de su autor, voy á ocuparme por separado de Heine y Becquer, para estudiarlos después comparativamente en aquellos frutos de su fantasía que parecen hijos de una misma inspiración.

Quisiera prescindir por completo de hacer la biografía de los dos poetas que estudio, pero influye de tal manera su vida en los productos de su ingenio, que borrada aquella, acaso no contaría el cielo literario del siglo XIX, los dos astros de esplendente brillo, que son el objeto de estas mis pobres disquisiciones críticas.

Empecemos pues por Heine, primero en el orden cronológico, y tratemos de descubrir los caracteres ó notas distintivas de su poesía.

## II

Enrique Heine nació á orillas del Rhin, en la villa de Dusseldorf á lo que parece el 13 de Diciembre de 1799 y aunque no haya seguridad absoluta del día del nacimiento, se sabe fijamente que no fué el 1.º de Enero de 1800 como han supuesto casi todos sus biógrafos, fundándose más que en nada en su frase humorística «Soy el primer hombre de mi siglo,» por más que él mismo simuló

haber nacido el día primero del año, con objeto de salvarse del rey de Prusia en tiempo de la invasión prusiana.

Si alemán por su patria no lo era sin embargo por su raza. Pertenecía á una familia hebrea dedicada al comercio. Su madre, algo filósofa empapada en los principios *rousso-nianos* del «Emilio» le inculcó sus preceptos, y terminó su primera educación en el convento de franciscanos de Dusseldorf, en lo cual, si se atiende á su origen israelita parece que se vislumbra algo de lo que más tarde pudo dar origen al calificativo de «hombre de las contradicciones» con que se le señala de ordinario. Dijéronle un día á su padre que Enrique había negado la existencia de Dios, y hé aquí la arenga que le dirigió, la más larga que pronunció en su vida—dice el poeta en sus Memorias: «Puedes ser tan filósofo como gustes pero una cosa te ruego, y es que no digas á las claras lo que pienses porque se resentirán mis operaciones, si los parroquianos saben que tengo un hijo que no cree en Dios,» y terminaba: «créeme el ateísmo es un pecado muy gordo.» Debió de mostrar desde muy jóven afición á la poesía cuando, según manifiesta él mismo, en opinión de su madre no podía ocurrirle cosa peor que ser poeta; «en aquellos tiempos el nombre de poeta no respondía á una

idea noble y honrosa; un poeta era un pobre diablo descamisado, que por un par de *thalers* componía versos de ocasión, y acababa irremisiblemente en el hospital.» Su madre soñaba con que fuese mariscal del Imperio, y en el Liceo de su villa natal estudió geometría, estática y otras ciencias; después y tal vez pensando en un porvenir risueño, quiso hacer de su hijo Enrique una potencia financiera y le dedicó á las lenguas y á la teneduría de libros, pero «un célebre comerciante—escribe Heine—en cuya casa quise ser aprendiz de millonario, decidió que carecía de toda aptitud para los negocios, y le confesé sonriendo que quizá tenía razón.»

A consecuencia de una crisis comercial quedó arruinado el padre del poeta y su madre escogió para él la jurisprudencia. No eran á propósito la rica imaginación de Heine y su carácter independiente para el estudio del Derecho; odiaba sobre todo el Romano: «que horripilante libro el *Corpus juris*, Biblia del egoísmo. He aborrecido siempre el código de los romanos y á los romanos mismos,» consigna en sus memorias póstumas. Y aunque alcanzó el grado de doctor, abandonó bien pronto el birrete de abogado comprendiendo que carecía de la argucia y carácter mañoso en que de seguro le aventajarían todos los jurisconsultos. Las doctrinas filosófi-

cas llamaron su atención más que ningún estudio, y Hegel fué su maestro. En esta época (1825) abjuró de sus creencias religiosas, y se hizo bautizar como luterano. No dejó por eso de ser racionalista y escéptico, y conforme iba entrando en años, y veía desvanecerse las idealidades engendradas en su fantasía al calor de la juventud, derribaba en su alma las divinidades de Hegel y Spinoza hasta llegar á proclamar en su última época la necesidad de un Dios personal. «No he podido habituarme—escribía en 1851—al Dios del panteísmo, pobre ente quimérico entretejido con la trama del universo, nacido de la materia, en la materia aprisionado y que sin fuerza ni voluntad nos mira bostezando.» Quien aspire á un Dios que pueda socorrerle debe admitir un Dios personal superior al mundo, dotado de los santos atributos de bondad, justicia y sabiduría infinitas.» ¡Elocuente confesión,! dice uno de sus traductores, Teodoro Llcrente, arrancada á un alma noble y sincera atormentada por incessantes dudas!

Asistía como escolar al Liceo de Dusseldorf cuando compuso sus primeros versos titulados «Cuitas juveniles» que publicó en 1821 y que como otros tantos pasaron inadvertidos cuando su autor creía producir una revolución. Desilusionado por este fracaso se

dedicó al Teatro, y sus tragedias «Almanzor y Ratclif» que como hijas de una mente soñadora que solo concebía vagos ideales no ajustados á la realidad, no tenían condiciones para representarse, fueron estrepitosamente silbadas en los teatros alemanes. En 1823 compró un editor estas obras con unas cuantas cancioncillas que según el autor «*no valían una carga de pólvora,*» al paso que juzgaba á las tragedias como verdaderos prodigios, á pesar del fallo del público que las había rechazado. Nadie se fijó en su Almanzor ni tampoco en su Ratclif, y en cuanto á las poesías la crítica las consideró como de ningún valor. Y sin embargo esas cancioncillas constituyen bajo el nombre de «Intermezzo, entreacto ó intermedio lírico» con el «Regreso» que escribió más tarde como su natural complemento, constituyen, digo, la mayor gloria de Heine. Sus «Cuadros de viaje, relación de sus excursiones por Alemania, el Tirol, Francia, Inglaterra é Italia, alcanzaron un éxito asombroso y le valieron ser proclamado como jefe de una escuela nueva; el «Regreso» de que hemos hablado; el «Libro de los Cantos» de resonancia igual y que suscitó tantas polémicas como sus «Cuadros de viaje»; el «Mar del Norte» y las correspondencias á la *Gaceta de Aupsburgo* que desde su destierro de París enviaba á

Alemania, le dieron una celebridad inmensa. Todavía el mismo año de su expatriación (1830) compuso otra serie de *lieder*, canciones de índole muy parecida al Intermezzo y Regreso, á la que tituló «Nueva Primavera». Desde 1840 hasta los últimos de su vida publicó «Altatroll» (sueño de una noche de estío); sus «Nuevas Poesías» y su «Germania», y cuando en 1848 estalló la revolución, esperanza de Heine, cayó postrado en el lecho del dolor donde había de sufrir largos años. Herido de muerte, enfermo por el reblandecimiento de la médula, clavado, como dice un escritor ilustre, á la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento, aun tuvo aliento y vigor para dar á luz su «Romancero» en cuya segunda parte aparece el famoso «Libro de Lázaro» expresión fiel de la amargura, de la duda, de las aspiraciones del poeta moribundo.

Las «Melodías hebraicas» dan fin al Romancero. El 17 de Febrero del 56 murió Heine y el cementerio de Montmartre recibió sus fríos despojos. De aquí fueron trasladadas sus cenizas á Hamburgo, cuna de sus amores y de sus desventuras.

Casi de intento no hemos hecho más que indicar por incidencia el período más accidentado de la vida del poeta que señala su existencia en París. Pero es tan importante, y se

halla tan enlazado este acontecimiento con la influencia de Heine como poeta, que no podemos menos de relatar siquiera sumariamente los motivos que le impulsaron á abandonar Alemania. La libertad es una religión nueva, la religión de nuestros tiempos. «Los franceses son el pueblo elegido de la nueva religión; en su idioma se han formulado sus primeros evangelios y sus primeros dogmas; París es la nueva Jerusalén y el Rhin es el Jordán que separa de los filisteos la tierra santa de la libertad.» Estas palabras que aparecen en uno de sus «Cuadros de viaje», en el dedicado á Inglaterra, indican manifiestamente el amor, el entusiasmo que Heine sentía por Francia. Señores, recuérdese su origen hebreo, y el desdén, el horror con que era mirada esta raza por aquél entonces; recuérdese su aislamiento y separación completa de todas las clases de la sociedad, sus vergonzosas humillaciones, y nos explicaremos el consuelo antipatriótico que experimentarían los judíos al ver penetrar en su villa natal las armas napoleónicas que les dejaban respirar el ambiente de libertad, y que, lavando sus antiguas ofensas, concedían á su patria y á su religión un puesto en el ancho campo de la humanidad.

Así se comprende que después de haber

respirado el *aire de Francia* durante el tiempo en que los ejércitos de Napoleón ocuparon á Dusseldorf, viese con júbilo el poeta elevarse las águilas francesas, elevarse tan altas, que al querer tocar con sus alas el sol de la suprema gloria cayeran heridas por el fuego de sus rayos en los campos de Waterlloo; así se comprende, digo, que mientras Alemania frenética de gozo lanzaba el grito de triunfo, Heine que era alemán, en una de sus más preciosas composiciones «Los granaderos» llorase con los destrozados veteranos de la guardia imperial la caída de Francia y anunciase su resurrección.

Si alemán por nacimiento, era francés por naturaleza. Teófilo Gautier gran amigo y admirador del poeta, decía de él que el resplandor de la luna alemana plateaba su fisonomía por un lado, y el sol alegre de Francia la doraba por otro. Amador ardiente de los principios de la Revolución francesa, que supieron regenerar y humanizar la existencia del israelita, luchaba por implantarlos en su patria. Las armas que esgrimía contra lo tradicional, contra lo antiguo, no eran el severo y frío razonamiento, sino la sátira refinada y mordaz; no la empalagosa erudición sino el «estoque afilado y ligero de la ironía aristofanesca,» que dice un escritor contemporáneo. La joven Alemania acogió con en-

tusiasmo estas ideas. Un número no escaso de partidarios se reunió en torno suyo y lo aclamaron como el paladín, el jefe de una nueva escuela. Pero no puede negarse que luchaba con grandes obstáculos; la tenacidad de su raza y la organización política de su patria se oponían á sus proyectos, y cuando la revolución de 1830 se extendió por toda Europa y veía cercano el triunfo, sus esfuerzos se vieron fallidos ante la ineptitud práctica de la soñadora Alemania. Entonces fué cuando la abandonó desterrándose voluntariamente, y esto explica el *por qué* de los dictorios é invectivas que echaba en cara á su patria donde desesperado veía reinar los prejuicios y privilegios.

Estudiemos ahora el momento en que aparece Enrique Heine en el campo de la literatura alemana. La escuela literaria que imperaba en Alemania cuando Heine no ocupaba en las letras el lugar en que más tarde figuró, era la romántica.

Pero no era el romanticismo alemán lo que el francés, al que Víctor Hugo hubo de llamar «liberalismo literario»; no era el movimiento franco y espontáneo, verdaderamente revolucionario que echa por tierra los preceptos del *ars poética*, y destruye las estrechas vallas en que querían sujetar la inspiración poética los clasicistas; no la imaginación po-

tente y libre que crea *Le roi s' amuse* y *Hernani*, si no la tradición evocada por el pasado, la Edad Media restaurada, con sus castillos feudales enclavados en la cima de montaña granítica que ilumina melancólica la luna, con los amores de sus *minnesinger*, con sus leyendas fantásticas engendradas á las orillas del Rhin, entre los crespones de nieblas que surgen de su seno. No; el romanticismo alemán era eminentemente conservador; nacido en medio del espasmo que les produjo á los germanos su decaimiento político; desenterrado de entre los escombros de pasadas grandezas, y alimentado con calor por el pueblo, que veía en estos elementos de inspiración nacional, ajena por completo de materiales extranjeros, una literatura peculiar y propia para oponerla como venganza á los desastres de Jena y Austerlitz. Era pues necesario destruir este romanticismo alemán, esa escuela de falsa sensiblería. Como dice el Sr. Perojo: «Era precisa una revolución poética que ahogara la *poesía de Lazareto*, como Goethe la llamaba.

En este momento aparecen las primeras composiciones importantes de Heine. De manera que éste fué política y poéticamente hablando innovador, revolucionario. Estudiémosle ahora como poeta. Descubramos los colores de la paleta con que pintaba esos

cuadros pequeños pero llenos de luz y de vida; sorprendamos los elementos de que se valió para destruir el ruinoso edificio de la Edad Media que los románticos querían restaurar; señalemos los caracteres de sus composiciones, las notas distintivas de su poesía. «El carácter de Heine, —dice Barthel,—es no tener ninguno.» Ya lanza sarcástica carcajada que se confunde con el chasquido del látigo de su sátira; ya llora con amorosos gemidos los desdenes de su adorada Molly. De aquí la gran dificultad de criticar á Heine; de aquí la variedad de juicios que se ha hecho de sus obras, tan varios como las manifestaciones de su talento. A unos seduce la sátira, sello particular é inimitable del poeta alemán; á otros encanta la delicadeza de su manera de sentir; éste, gusta de la brevedad y concisión de sus pensamientos; el otro, de la mofa, del espíritu de negación de que tanta gala hizo el *ruiseñor de Dusseldorf*.

El mismo parece que presagia esta variedad de juicios cuando escribe en su «Regreso»:

Raras veces, mis amigos  
me pudisteis comprender,  
y yo mismo raras veces  
á comprenderos llegué.

Tan solo cuando en el fango  
nos hallamos á la vez,  
os comprendí yo sin pena  
y á mí vosotros también.

El carácter primero, la nota esencial de las composiciones de Heine es el *humorismo*; de todo se burla, de todo se ríe y ante el veneno de sus sátiras se desvanecen los más sagrados sentimientos de la humanidad. Como dice uno de los que más han contribuido á dar á conocer al poeta en nuestra patria, D. José J. Herrero, «todo bajo su pluma se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escalpelo del disector.» Sin embargo, al tocar esta cuestión hay que pensar en los dolorosos recuerdos que le asaltaban en los momentos de inspiración, en los amargos desengaños, en sus dolores físicos, en su nacimiento, hasta en su educación. Y cuando se medita en todo esto, se comprende el valor de aquellas frases de un ilustre publicista, D. José del Perojo cuando escribe hablando de Heine: «no es el hombre de las contradicciones; es el hombre de las contrariedades,» y en aquella estrofa de uno de sus *lieder*:

Mi corazón, cual los mares,  
tiene escollos y borrascas,  
pero duermen en su fondo  
también perlas argentadas.

Solo así se comprende por qué manejaba tan diestramente la ironía, el sarcasmo. No, no es una facultad admirable de que dispone á su antojo y con cuyos dardos emponzoña-

dos hiere á cuanto apunta, si no el resultado de ese continuo desasosiego, de ese no acabado disgusto que llena su existencia, de esa amarga pena que le devora. Otro carácter importantísimo de las composiciones de Heine es su sencillez, su naturalidad. Esto contribuyó en primer término á hacerle el jefe de la nueva escuela que se levantó contra los que pretendían rebuscar entre los escombros de los siglos medios las viejas tradiciones alemanas. A la sensiblería empalagosa y afectada de los románticos opuso la dulzura de sus sentimientos, la naturalidad en la expresión; al artificioso edificio levantado por la pedantesca erudición de aquellos, oponía Heine sus versos fáciles y armoniosos, llenos de exquisita ternura, que hacen vibrar en el alma las mismas cuerdas que el poeta agita en el laud de su inspiración. Este es el secreto de los grandes poetas. Su delicadeza, su profundidad, su melodioso encanto, la riqueza de sus pensamientos y el plasticismo de sus imágenes, son las perlas que brillan engarzadas en la gloriosa corona del génio alemán. Sus composiciones son cortas, breves, espontáneas como los gritos inarticulados que expresan los afectos de nuestra alma; en ella resplandecen las ideas depuradas, concentradas,—«gotas de licor refinadísimo encerradas en trasparente cristal,» según la

comparación del Sr. Menendez Pelayo,—y en cuanto á su forma poética, la labra, la cincela, y á veces descuida con estudiado desaliño. Su estilo es fácil, rápido, armonioso al oído. La gran excitabilidad de su naturaleza, su genialidad poética, y por último, su vida toda, con sus amores desgraciados, sus torturas físicas, su expatriación y hasta su nacimiento son los factores más importantes que constituyen el carácter de Enrique Heine como poeta. Imposible encerrarlo en las redes de la crítica; sus composiciones son de tantos géneros que no es fácil comprenderlas bajo una fórmula y un juicio. No es antítesis exagerada decir que Heine es cruel y tierno, sincero y pérfido, excéptico y crédulo, lírico y prosáico, sentimental y burlón, apasionado y frío, antiguo y moderno, romántico y revolucionario. Esta doble naturaleza ha sido una de las principales causas del éxito prodigioso de Heine en Francia. Como dice Schuré en su Historia de la canción popular en Alemania «gustan entre nosotros esos contrastes bruscos, esos poetas de corazón desgarrado que dicen al mundo: ¿Ves las heridas que me has hecho?; y cuando las gentes se aproximan, se yerguen y hacen chasquear el látigo á sus oídos.» Para terminar con el estudio de Heine; aunque aparece en el cielo literario más tarde que Wieland,

Klopstock, Schiller y Goethe, no brilla menos que ellos; reúne sus buenas cualidades y evita sus defectos. Heine es naturalmente sensible, ideal, plástico y espiritual ante todo. Klopstock no ha entrado en la formación de su talento porque al carácter de Heine repugna la enojosa profundidad de aquel; de Wieland, tiene la sensualidad; de Schiller, el sentimiento; de Goethe, la espiritualidad panteística; de sí, no tiene más que el increíble poder de realización.

### III

No tengo la pretensión de haber dibujado ni aun con los más groseros perfiles al poeta de Dusseldorf, pero si es difícil caracterizar á aquel cuyo caracter según frase ingeniosa es «no tener ninguno,» no es empresa menos atrevida bosquejar, siquiera, al melancólico amorador de las azules campanillas, y de las oscuras golondrinas; al infortunado Becquer.

Y sin quererlo, me teneis en camino de hacer su biografía. No quisiera detenerme mucho relatando su vida. Bastante menos conocida la de Heine, me he creído con derecho á referirla con una minuciosidad fatigosa, si se quiere, pero de la que no se puede prescindir al proponerse estudiarlo aun de la manera tan imperfecta como lo hago.

Respecto á la de Becquer ya varía. Al frente de sus obras la ha escrito con verdadero cariño su amigo del alma D. Ramón Rodríguez Correa. Además, arrebatado de entre nosotros por la fría muerte no hace muchos años, parece que aun no se ha apagado en su volcánico cerebro aquel fuego que arrojó de sí como chispas brillantes sus inimitables *Rimas*. Por eso la aureola de gloria que circunda al genio sevillano, aunque espléndida y luminosa, no se muestra en todo el fúlgido resplandor que lucirá un día, porque la inmortalidad en los poetas crece á medida que se borra su nombre de la cruz que cobija su sepultura, y cuando cubren las mal juntas piedras de su fosa, el musgo humilde y las espontáneas ortigas, que apenas si dejan vislumbrar por entre sus hojas brillantes y vellosas la amarillenta florecilla de los muertos que tiembla entre el follage como el lucero de la tarde en los celestes espacios.

En la reina del Guadalquivir, en la renombrada Sevilla pátria de Herrera y Rioja, nació el poeta de que me ocupo, el 17 de Febrero de 1836 (†). Oriundos sus antepasados de Alemania, aunque reconocidos y respetados ya en el siglo XVI como personas importantes de la ciudad, Gustavo procede inmediatamente del aventajado pintor de costumbres D. José Domínguez Becquer. Murió éste al contar nues-

tro biografiado cinco años, y cuando tenía nueve y medio, su madre, quedando en el más triste desamparo siete hijos varones que gracias á un tío carnal recibieron educacion hasta que ellos pudieron ganar la subsistencia. Había á orillas del Guadalquivir un colegio de pilotos llamado de S. Telmo en donde ingresaban los huérfanos pobres y de noble cuna; de su alimentación se encargaba el Estado. A los nueve años entraba Gustavo Adolfo en este colegio, á los diez tuvo que salir por haberse suprimido de real orden.

Ya á esta edad parece que brotaron de Becquer los primeros chispazos del ingenio, pues compuso, en unión de un amigo suyo, un disparatado drama «Los conjurados» que representaron los colegiales y que hay que suponer sería aplaudido frenéticamente por el bullicioso y apasionado auditorio compañero de los autores del engendro. Pero suprimida; como hemos dicho, la escuela de cosmógrafos y mareantes, Gustavo hubiera quedado, según la frase vulgar, en la calle, á no ser por el cariño que le profesaba su madrina, que se encargó de su educación. Señora acaudalada y de regular cultura literaria, poseía muchos libros, entre los cuales mostró su ahijado predilección especial por las odas de Horacio traducidas al castellano, y las poe-

sías de Zorrilla, obras ambas que dieron al naciente poeta las primeras inspiraciones.

Quería sin duda su amante protectora hacer de él un rico comerciante, y le dedicó á la Contabilidad y Teneduría de Libros, pero aquél jóven de vivísima imaginación que según frase del Sr. Correa, «jamás pudo sumar de memoria», arrojó de sí el Libro Mayor, y el Inventario, y soñando con la gloria y los aplausos para sus primeras poesías vino á Madrid cuando no contaba diez y ocho años, con el alma henchida de ilusiones, y los bolsillos vacíos del solo dinero de que dispuso para el viaje. He pasado por alto la época en que se dedicó á la pintura para la que reunía especialísimas aptitudes, y la en que recibió los rudimentos de latín que le costeó un tío suyo al ver su desmedida afición á la lectura y su entusiasmo por los estudios literarios. Tres cantos de un largo poema «La Conquista de Sevilla», que pensaba escribir con un amigo suyo, y que Gustavo quemaría sin duda con un sin fin de poesías cuando llegó á edad más reflexiva, son también obra de este tiempo.

Ya en el año 54 comienza el calvario del artista, confiado á su independencia y su génio, para procurarse el sustento diario, teniendo que luchar por la existencia y sufriendo toda clase de sinsabores y privaciones.

«Dando pormenores de ese período de su vida —dice uno de sus biógrafos— temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del génio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.»

Básteos saber que obligado por la necesidad, ó más bien por no desairar á un amigo que le proporcionó un empleo, fué colocado en la Dirección de Bienes nacionales con el sueldo anual de 3.000 reales y la categoría de escribiente fuera de plantilla.

Pero se hizo preciso un arreglo en la oficina y aquél jóven soñador que llenaba los papeles de endriagos y monstruos, de castillos arruinados, de mujeres ideales y de abandonadas tumbas, fué declarado cesante por el Director del negociado, al sorprenderle explicando á sus compañeros una de esas fantásticas quimeras que trazaba su pluma guiada por su febril imaginación. Por esta época (57 y 58) se le ocurrió una idea noble y elevada: la publicación de una obra importantísima por más de un concepto, y de la que por desgracia solo vió la luz un tomo; me refiero á la «Historia de los templos de España» en la que colaboraron ilustres litera-

tos, y en donde además de dibujos notables, dejó Becquer artículos tan celebrados como los referentes al «Arte árabe en Toledo, La Basílica de Santa Leocadia, y la Historia de San Juan de los Reyes.» Mas como todo lo absorbe la política, hé aquí á nuestro poeta formando parte de la redacción del «Contemporáneo,» periódico que se publicaba por entonces, y en donde insertó varias leyendas rebuscadas entre las inmóviles esculturas de los sepulcros de nuestras góticas catedrales, ó entre los arabescos y calados ajimeces de la imperial Toledo. En él aparecieron por vez primera las cartas que desde el monasterio de Veruela, á donde había ido á reponer su salud, escribía bajo el título «Desde mi celda,» que causaron admiración en todos los círculos literarios y le colocaron desde luego entre nuestros primeros hablistas. Fundó la «Gaceta literaria» y figurando como redactor de periódicos políticos es como pudo ganar el sustento diario. Por fin don Luis Gonzalez Bravo, Ministro á la sazón, le proporcionó un destino regular que le permitió salir de sus estrecheces y no pensar en el fatal *mañana*, y durante este tiempo escribió sus «Rimas,» á las que el Sr. Gonzalez Bravo pensó poner un prólogo y publicar á sus expensas. Pero la Revolución del 68 caminaba á grandes pasos, y triunfante, y caído el

trono de D.<sup>a</sup> Isabel, tuvieron sus ministros que huir al extranjero. Becquer presentó la dimisión de su modesto cargo, pero no pudo recobrar el breve tomo de sus poesías que guardaba con singular empeño su ilustre protector entre otros papeles importantes perdidos entre la confusión y revueltas de aquellas azarosas circunstancias. Solo á costa de grandes esfuerzos pudo recordarlas y transcribirias al papel. Fundó la «Ilustración de Madrid,» en donde su hermano Valeriano dejó tanta prueba de su indudable mérito como pintor de costumbres que copió fielmente en la excursión artística que los dos hermanos hicieron por algunas provincias de España.

Cuando se creían felices, cuando Valeriano pensaba en un gran cuadro, y Gustavo soñaba, soñaba siempre en su casita de las afueras de Madrid, entre sus hijos, sus amigos, sus versos, cuando traducía al Dante para dar cima á una publicación de autores de primer orden, la muerte se cebó en aquellos dos hermanos que habían sobrellevado juntos todas sus fatigas, y que terminaron sus dias en el mismo año y con escasa diferencia de meses.

En Septiembre de 1870 murió el pintor, y el 22 de Diciembre de este año exhaló Gustavo su último suspiro, víctima de una en-

fermedad diagnosticada de pulmonía y que concluyó por ser hepatitis según unos y pericarditis según otros. Los antiguos creían que la fuente, el nido del amor, era el hígado; nosotros lo ponemos en el corazón; de todas maneras, siempre resultará que Becquer murió de enfermedad de amor.

Me he detenido demasiado, á mi pesar, en hacer la biografía del poeta de las golondrinas, porque quiero que juzgando por lo que hizo durante su corta vida—«mañana tempestuosa,» que dice su amigo el señor Campillo,—deduzcaís lo que era capaz de hacer aquel génio que anunciaba vivir en «un mediodía espléndido y en serena y luminosa tarde.» Quiero que veáis conmigo esas difíciles y angustiosas circunstancias en que se desarrolla su númen, que para mí son la primera piedra del pedestal de gloria del autor de las «Rimas, y Leyendas.»

Todos sus amigos están conformes en que lo admiraban más por lo que de él esperaban que por lo que había hecho. ¡Y sin embargo, lo poco que ha dejado, le coloca á una altura difícil, si no imposible de alcanzar! Lo que conocemos lo escribió él al volar de la pluma sobre la mesa de cualquiera redacción, sin la fijeza necesaria, ni mucho ménos pensando en que se publicaran sus trabajos sin prévia corrección suya. Sorprendía un asunto, una

idea, y les daba una forma que no podía imaginarse fuese la última mano de obra; pero muerto él, sus amigos, en su afán de perpetuar su nombre, se afanaron por buscar sus papeles y dieron á luz todo lo que aparece en la edición que de sus obras se ha publicado.

De dramas, novelas, leyendas, fantasías y caprichos, poemas, etc., tenía concebidos un gran número cuyos títulos dejó á su muerte, pero cuyos planes y desarrollo bajaron con él al sepulcro oscuro.

Poco, muy poco he de decir del carácter general de Becquer como escritor. Por desgracia nuestra tuvo tan poco tiempo para dar forma á aquel hervidero de ideas que bullían en su cerebro que todo el trabajo de crítica que respecto de Becquer se haga, tiene que referirse á sus Leyendas y sus Rimas.

Y es tan *uno*, tan el mismo, el autor de unas y otras, se muestra con matices tan semejantes, que muchas de las notas que se desprendan del análisis de las primeras tienen que aplicarse á las segundas.

Y como al compararlo con Heine, pienso ocuparme de sus «Rimas», en globo y generalizando mucho hablaré de los elementos que concurren en el sentidísimo autor de «Maese Perez el organista.»

Becquer ante todo es artista; artista de corazón, artista que siente, y artista que sabe

hacer sentir á cuantos lo leen; el que al terminar «La venta de los gatos,» hermoso cuadro lleno de luz y de vida de la simpar Andalucía, no se sienta con ánsias de llorar, cuando aun tiemblan en el espacio los últimos ecos de la melancólica copla del carro de los muertos; el que interviene en el mudo coloquio de las hojas secas sin sentirse conmovido y apesadumbrado, y no vé en la breve existencia de aquellas la vida del hombre llena de recuerdos, de ilusiones, de desengaños... «arroje el libro, para ese no tiene Becquer confianzas, para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesía...»

No conozco, creo que no exagero, un autor más sentido, más dulce, más tristemente simpático, que Gustavo Adolfo Becquer.

Además, su imaginación calenturienta, tesoro riquísimo é inagotable de fantásticas creaciones, construye una leyenda que viste con el lujoso atavío de su brillante estilo; y le dán materiales para sus quiméricos edificios, la inscripción borrada por los años, escondida en el rincón oscuro, donde duermen en granítico sepulcro antiguos reyes y linajudos antepasados; la humilde lentejuela de raida ajorca de una Virgen, que chispea y refleja en su diminuto disco, la luz, que se cierne por los pintados vidrios de catedral

gótica; el furtivo rayo de sol que besa los cristales de misterioso lago; una fecha, un recuerdo, dos hojas arrastradas por el cierzo..., todo le produce allá en su cerebro, en su alma, una sensación extraña que se convierte en ideas, en palabras, en dulcísima armonía.

Su prosa castiza, elegante, llena de imágenes tan atrevidas como originales; la música de sus períodos; la dulzura y melancolía de su estilo, le colocan entre los primeros cultivadores de la lengua castellana. Si no hubiera escrito más que sus inimitables cartas «Desde mi celda», éste sería el único título que presentar para que se le considerara como hablista de justo renombre.

Originalidad, sentimiento, inspiración, energía, galanura en el decir, erudición no común, gusto artístico depurado, gran poder de imaginación y profundidad de ideas, son las cualidades que, entre otras, hacen de Becquer uno de nuestros primeros poetas.

Para terminar con su estudio transcribo un juicio que de sus Leyendas hace un número de *La Gironde* de Burdeos del año 74. «Los trabajos de este escritor—dice hablando de Becquer,—pertenecen á un género tan estimado y bello entre los pueblos del Norte, como poco conocido de los meridionales. En estos escritos en que lo maravilloso y fantástico hace principal papel, en que se siente el

espíritu que inspiró «El sueño de una noche de verano» y los cuentos de Poë y Hoffman, es difícil no dejarse impresionar por la sobriedad, la delicadeza y el sentimiento poético del escritor.»

Becquer ha tenido su tiempo; sus obras traducidas á varios idiomas han alcanzado la popularidad solo reservada á los altos genios. Apenas muerto su nombre resonaba en todos los oídos, sus libros cruzaban los mares, y un enjambre de imitadores se proponía seguirle y copiar lo que es inimitable y no puede copiarse.

Hoy mismo en la memoria de todos viven algunas de sus más celebradas «Rimas», y apenas pasa día sin que en la conversación ó en los periódicos aparezca el desconsolador y desesperado *¡Hoy creo en Dios!*, ó el horrible y lúgubre, *¡Dios mio qué solos se quedan los muertos!* Pero cuando influidos por la *zulesca* literatura, cuyo mérito no trato de aquilatar, nos deleitamos ante los vivísimos colores de la tal vez excesiva realidad del lavadero público en «*L' asommoir*»; cuando en «*Teresa Raquin*» se respira el ambiente fétido del depósito de cadáveres, y se siente el espasmo y el frío que lleva al alma la contemplación de masas inertes y deformes de carne humana; cuando en «*La terre*» se descende á detalles indignos de ser leídos,

no es extraño que dejemos de aspirar el suavísimo aroma que despide ese incomparable ramillete que en la literatura española recibe el nombre de «Rimas de Becquer.»

#### IV

Y llego á la última parte de mi trabajo: á la comparación, al paralelo de Heine y Becquer. Y como las «Rimas» de éste coinciden de tal manera—ya veremos hasta qué punto,—con alguna de las obras de aquel, que ha sido motivo para que varios escritores señalen al vate sevillano como imitador de la poesía heiniana, hé aquí por qué me concreto ahora á estudiarlo en aquellos productos de su fantasía que parecen hijos de una misma inspiración. Ambos poetas cantan un sentimiento universal: el amor; ambos, en versos llenos de melancolía amorosa, expresan sus quejas, sus ternezas, sus deseos, sus celos, sus desengaños, sus recuerdos; Heine en su «Intermezzo y Regreso»; Becquer en sus «Rimas». ¿Qué es el Intermezzo? Heine en su edad madura, dijo á su amigo Gerardo Nerval, «que solo escribía versos para llorar unos amores sin esperanza de su juventud.»

En efecto, como Dante su Beatriz, como Petrarca su Laura, como el Tasso su Leonor,



como Werter su Carlota, como Romeo su Julieta, como Diego de Marcilla su Isabel, Heine tuvo su Molly ó Amalia á quien consagra culto ferviente y apasionado.

Allá en los albores de su accidentada vida, y durante el tiempo que permaneció junto á su tío el banquero Salomón, se enamoró ardentemente de la hija de éste, Amalia que más tarde contrajo nupcias con otro amante *rico ó estúpido*, que dice el poeta. Desde esta época no dejó de profesarle respetuoso cariño, y sus afecciones, sus sentimientos, los dá á conocer en ese hermoso poema que se llama el «Intermezzo.» Como los niños que condenan á las mariposas á sufrir toda clase de torturas, hasta que desgarrada la gasa de sus alas incrustadas de pedrería y oro escapan de sus dedos cubiertos con el polvillo que era su atavío, destrozadas y sin poder tender el vuelo, así la Amalia de Heine tiene en sus manos el alma de su amante y se complace en hacerle experimentar dolores y desengaños sin cuento. Sus amores son comunes, como generalmente los vemos en el mundo, y su amante ni aún viene rodeada de la fantástica aureola de espléndida belleza que acompaña á las aéreas ondinas que habitan en palacios de cristal entre los torbellinos de espuma del nebuloso Rhin. Una cabecita rubia como los áureos cabellos de la



encantadora Loreley; ojos azules cual los lagos tranquilos que á ésta la sirven de morada; labios bermejos como pétalos de rosa temprana; y mejillas frescas, de cutis suave y delicado;.... hé aquí todo el objeto de los cantos del enamorado poeta alemán. Leyéndolos, sentís una sensación extraña de impaciencia, de miedo; aquellos amores, que devorais ansiosos, son los vuestros; parece que el poeta ha sorprendido vuestros misterios, y llorais y os quejais cuando él se queja y llora. Este es, sin duda alguna, el secreto del encanto que nos produce el vate de Dusseldorf.

En estas cancioncillas del Intermezzo resplandece con todas las brillantes cualidades que le colocan á altura tan envidiada entre los líricos de Alemania. Breves y rápidas como los gritos con que expresa el alma sus afectos, amargos y apasionados, tristes é irónicos, tiernos y crueles, respirando ilusión y destilando excepticismo, según el sábio entender de Mr. Nerval «tenemos que remontarnos hasta el Cantar de los Cantares, hasta la magnificencia de las inspiraciones orientales, para encontrar algo análogo.

Es pues el Intermezzo un poema en que sus estrofas sin ilación aparente se juntan en una unidad común: el amor; es segun la comparación del ilustre publicista, un collar

de perlas en que cortado el hilo que las une no se separa ninguna.

El Regreso es el reverdecimiento de los amores del poeta, la expresión de los afectos que reviven en su alma al despertar recuerdos evocados por la contemplación de lugares donde trascurrieron sus amores, con sus alegrías y sus tristezas. Todas las notas que hemos señalado al Intermezzo las hacemos extensivas á este que pudiéramos llamar segunda parte del poema.

Y permitidme que, como puente que me vá á llevar al estudio de Becquer, copie un párrafo referente á Heine, de la más ilustre de nuestras escritoras contemporáneas, doña Emilia Pardo Bazán:

«En España, el país de las grandes leyendas de amor, la nacionalidad que elaboró el mito sublime de «Los amantes de Teruel,» eclipsó el promontorio de Lèucade con la «Peña de los enamorados,» y colgó de las rudas almenas feudales la elegiaca lira de Macías el trovador, la pasión amorosa ha sido cantada muy glacialmente por los poetas líricos, y no se encuentra en la inmensa antología española, un grito sincero que como el de Safo, atraviase las edades sin enfriarse ni perder su intensidad y acción comunicativa. El calor y efusión, el derramamiento del espíritu, se quedaron entre nosotros para los

místicos. Nuestros poetas glosaron quizás amoríos de pastores y zagalas en versos que huelen á tomillo y ondean flexibles como rama de sáuce, tejieron una vez más, por ventura, la corona de rosas y mirtos del Cupidillo griego, ó parafrasearon en semejantes estrofas, un amor nieto de Platon é hijo del Petrarca, que aletea en el éter sutil de las regiones metafísicas. Pero un cantor como Heine sacudido y estremecido hasta la médula de los huesos por pasiones devoradoras; hijo verdadero de la edad en que vivimos cuyo mal le roe las entrañas y forma en ellas destilando la hiel de la estancada bilis, la concreción preciosa del más exquisito humorismo; un cantor que entreteje con las rosas del deleite los azules *no me olvides* del ensueño ideal y funde en vaporosas y aflagranadas estrofas reclamo de sirenas y cántico de ángel era para nosotros cosa presentida, necesaria y no disfrutada aún, y al dar con él le hemos abierto los brazos.»

Para mí el poeta que llena este vacío es Becquer. Hay en sus Rimas páginas en que el autor vá depositando todas sus amarguras, todos sus dolores, un fondo de desesperada realidad que al mismo tiempo que como sirena engañosa atrae, no permite que soltemos el libro hasta apurar el perfume delicado que exhalan sus versos; y al terminarlos, se

sienten agitados todos nuestros nervios, y en el cerebro vagar un mundo de quimeras é idealidades que hacen pensar en la muerte del poeta, abrumado por aquella musa,—al decir del amador constante de las azules campanillas,—«fecunda como el lecho de amor de la miseria y parecida á esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, y que concebía creaciones sin número, á las que ni su actividad ni todos los años de su vida, serían suficientes á dar forma.» No he de ser yo quien relate la causa de sus desventuras amorosas. Sin duda la adivinais todos. Se enamoró de una mujer tan hermosa que:

«Ella tiene la luz, tiene el perfume,  
el color y la línea,  
la forma engendradora de deseos,  
la expresión, fuente eterna de poesía.»

Su pasión es ardiente, volcánica, inmensa, y al parecer es correspondido, pero no tardó en descubrir que es el corazón de la hermosa *nido de sierpes, en el que no hay una fibra que al amor responda.*

Como el Intermezzo, las Rimas son todo un poema, aunque mucho más completo que aquél. El Intermezzo compendía el amor que Heine siente por su adorada. Amalia; en las Rimas se encierra la vida toda de Becquer; primero, se revuelven en su interior sus aspiraciones, sus deseos; luego, se siente poe-

ta; más tarde ama, ama y sufre, y por fin, pensando en lo ¡solos que se quedan los muertos!, crea una composición tan llena de melancolía, tan acabada y correcta, y en que que pinta tan diestramente con su mágico pincel, que no dudo, en mi incompetencia, en asegurar que es una de las mejores del idioma castellano.

Becquer como Heine, interesa, conmueve, porque en esas composiciones cortas, rápidas, originales, caprichosas, ha dejado impresa su alma. Becquer escribe esos versos llenos de sentimiento porque hierven, allá en los rincones de su cerebro, los hijos de su imaginación que reclaman el vestido, la forma que ha de hacerlos «presentables en el mundo de las ideas»; es el ruiñeñor que sintiendo arder en su pecho la fuente de la vida, el amor, se deshace en la callada noche en torrentes de armonía que brotan de su mágica garganta, y suenan como lluvia de perlas argentinas al caer sobre copa de cristal; es el laud que despues de exhalar dulcísimes sonidos de sus cuerdas de oro, se quiebra en mil pedazos. Esta es la causa del entusiasmo, de la simpatía que inspira Becquer; ha escrito con las gotas del dolor la historia de sus amores; el libro de sus amarguras, lo lleva grabado entre los pliegues de su alma destrozada.

Becquer se muestra como adorador ferviente de la idea, y de tal manera es su esclavo, que hasta se desliga de las trabas del consonante para moverse dentro de la rima imperfecta con mayor independencia y desplegar todo el lujoso atavío de sus pensamientos entre la brillantez de la forma poética.

No falta quien le haya llamado el Alfredo de Musset español por la analogía que con éste tiene; la ilustre autora de «Un viaje de novios,» comparándolos, dice «que el vate de Sevilla es ménos despreocupado, refinado, aristocrático y elegante, con más seriedad en la pasión y más frescura en la fantasía» que el inmortal autor de «Las Noches.»

Por último, aparece tan original como nadie hasta él se había presentado en España. Y que ha creado escuela dígalos el tropel de imitadores que se afanan en seguir al *poeta de las golondrinas*, no pudiendo asemejarse á él más que en una cosa, la menos esencial ciertamente, el tamaño de sus composiciones. Y ya que toco esta cuestión permitidme que como de pasada consigne la protesta que un eminente crítico, muerto, por desgracia, para nuestra literatura, hace de la denominación de *suspirillos líricos*, que el inspirado autor del «Idilio», el poeta de más robusta y vigorosa entonación dá á esas «composiciones de

corte y saber germánicos, con las cuales expresa nuestra adolescencia poética, sus engaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida. «Ciertamente,—dice el Sr. Revilla, que es el crítico á que me he referido,—cuando esos engendros significan todo esto, son dignos de reprobación, y aún pecan de ridículos, pero cuando esos *suspirillos* son el eco de la amargura intensa que devora el alma de un Heine, ó de la melancólica tristura que mina la existencia de un Becquer; cuando en ellos se retrata el malestar ingénito á los hijos de este siglo, la duda que mata las creencias, el rudo desengaño que agosta la juvenil ilusión, ó la amarga decepción que seca la esperanza, entonces no hay derecho para condenar este género muy bello y muy digno de estima, y al cual despues de todo rinde tributo el mismo Sr. Nuñez de Arce, como lo prueban las dos delicadas composiciones de sus «Gritos del combate», *Recuerdos, y Crepúsculo*» que al cabo á ese género pertenecen, por más que no sean *suspirillos* porque en espíritus del temple del Sr. Nuñez de Arce, los suspiros participan algo del rugido del león.»

La protesta, saliendo de la pluma del señor Revilla, es digna y apropiada á la fama literaria del eminente lírico que también supo definir y censurar á la cohorte de satélites

de los poetas objeto de esta lectura, pero en modo alguno puede referirse á los que supieron guiarse con inspiración propia y privilegiada.

Decia que ninguno como Becquer se ha presentado con fisonomía propia y particular, como verdaderamente original. Y no es que—según mi entender—haya imitado á Heine. No sé quién ha sido el primero que ha lanzado tal especie, pero sí que Teodoro Llorente, en el prólogo á la traducción de las obras del poeta alemán, se queja de que el señor Rodriguez Correa defienda al malogrado Becquer de imitador de Heine. La Sra. Pardo Bazán confirma la manera de pensar de Llorente y opina «que fuese por deliberado propósito, ó lo que es más probable por afinidad intelectual y asimilación involuntaria, Becquer llegó á beber el aliento á Heine tan cerca que—siguiendo tambien en esto al señor Llorente—intercaladas muchas poesías de Becquer en una perfecta traducción castellana de Heine, no se notaría diferencia entre ambos autores.» Y Llorente escribe á este propósito: «basta leer las obras de uno y otro para convencerse de que Becquer imitó á Heine. Sería el caso más extraordinario de inspiraciones coincidentes, la igualdad del asunto principal, la analogía de sentimientos, la identidad de tonos, y la semejanza de for-

mas métricas que hay entre las Rimas y el Intermezzo.

Yo, Señores, no veo la inmensa dificultad, ni la extraordinaria coincidencia de inspiraciones idénticas que se pretende establecer para negar al vate español el dictado de original. Porque si los dos poetas de que me ocupo se sentían atormentados por el fuego del amor, si en los dos sufría su alma aquejada por grandes dolores, es natural que expresen análogos sentimientos y en la misma identidad de tonos. Además de que un poeta que como Becquer posée, hasta derrocharlo, el riquísimo caudal de imaginación que es su mayor tesoro, y que ve cruzar por su espíritu los tristes fantasmas de la realidad que pugnan por salvar la valla que los sujeta y convertirse en ideas, no necesita beber en extranjera fuente para dar á luz sus nunca bastante apreciadas Rimas. No me opongo á que habiendo leído á Heine flotara en torno suyo el ambiente embriagador que enloquece de sus *lieder* ó canciones, pero no creo que por esto se le puede tachar de servil imitador.

Heine es mucho más independiente que Becquer, pero esta independencia le arrastra muchas veces á exageraciones y extravíos que en mi sentir perjudican á la clase de composiciones que admiten la comparación con la de nuestro vate nacional; la Amalia

de Heine no deja de ser una encantadora rubia que enciende en efluvios de amor el corazón del poeta aún niño, el que, transcurridos los años y después de casada aquella, va substituyéndola en su pecho con tantos otros amores grabados en las páginas de «Nueva Primavera»; al paso que nuestro Becquer, luchando siempre con el mismo horrible desengaño, ve cómo se apaga lentamente su vida hasta que muere agobiado por el dolor.

Declaro francamente y sin asomo de pasión, que esa dulzura, esa melancolía, esa tristeza infinita que parece que surge de las Rimas y que sin quererlo os hace pensar en el desventurado cantor para tomar parte en sus duelos, la encuentro mucho más delicadamente manifiesta en Becquer que en Heine. Para mí son, pues, muy superiores en el concepto en que las estudio, como páginas de amor, las Rimas al Intermezzo y Regreso. No niego que extensivamente considerado Heine es más poeta que Becquer; es decir, que si el uno al pintar dispone de los siete colores del iris el otro los combina de tal manera que lucen en sus cuadros todos los tonos y matices, y todos los innumerables compuestos que salen de los simples. Aquel humorismo de Heine, aquella gracia aristofanesca, aquella ironía fina y delicada, en Becquer apenas

si hace más que asomar tímidamente; pero lo repito, comparo el *Intermezzo* á las Rimas, y aunque en aquel chasquea algunas veces el látigo de la sátira, prefiero la suavidad y melancolía de Becquer, á todas las demás condiciones del poeta alemán.

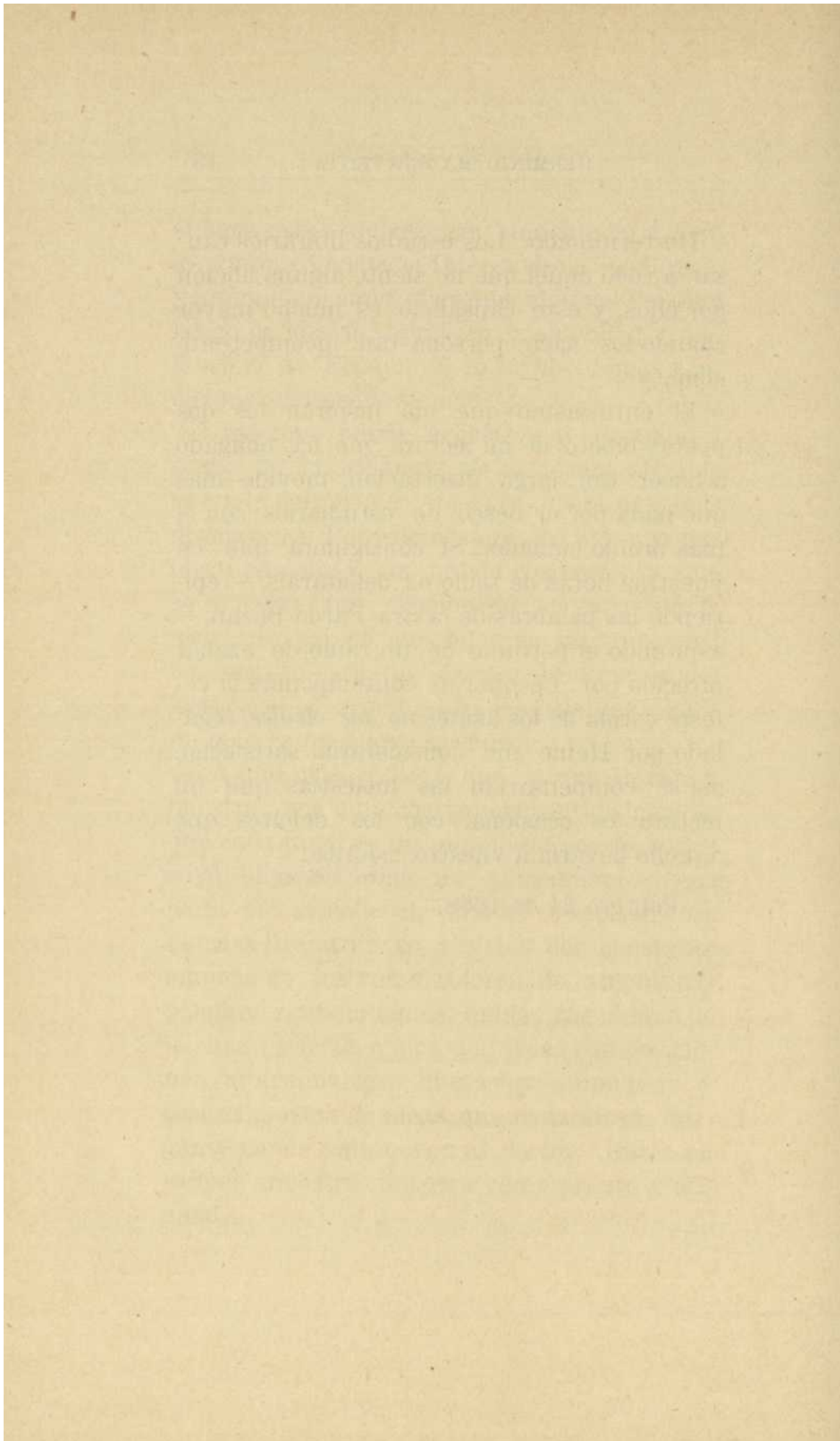
Una cosa puede achacarse á Becquer; á pesar de la brillantez de la forma, algunas veces la descuida y presenta hasta extrañas disonancias. Recordemos que no pensaba publicar sus obras sin previa corrección y que se muestra tan apasionado adorador de la idea que parece que huye de las trabas del consonante para no distraer la atención del lector con la armonía de las palabras. Para mí este es un nuevo encanto.

¿A qué más música que la que llevan á nuestra alma aquellos versos sentidísimos en que cada frase es un mundo de poesía, entre cuya filigrana brilla un pensamiento como perla en estuche de cristal? Precisamente nuestra literatura se resiente del constante empeño de los versificadores de amontonar palabras rimbombantes, unidas por el lazo de la rima perfecta, y producir esas composiciones interminables, huecas y ampulosas y casi exhaustas de ideas, que nada dicen, fatigan y jamás conmueven al lector. Hasta en esto se muestra Becquer como propio y original.

He terminado. Los estudios literarios cansan á todo aquel que no siente alguna afición por ellos, y este cansancio es mucho mayor cuando los hace persona tan incompetente como yo.

El entusiasmo que me inspiran los dos poetas objeto de mi lectura me ha obligado á hacer tan larga disertación, movido más que nada por el deseo de estudiarlos con el más prolijo cuidado. Si consiguiera que en vuestras horas de tedio os deleitarais, — repitiendo las palabras de la Sra. Pardo Bazán, — aspirando el perfume de un ramo de azahar ofrecido por Becquer, ó contemplando la celeste corola de los azules *no me olvides*, regalado por Heine me consideraría satisfecho; así se compensarían las molestias que mi lectura os ocasiona, con los deleites que aquello llevaría á vuestro espíritu.

Febrero 24 de 1888.

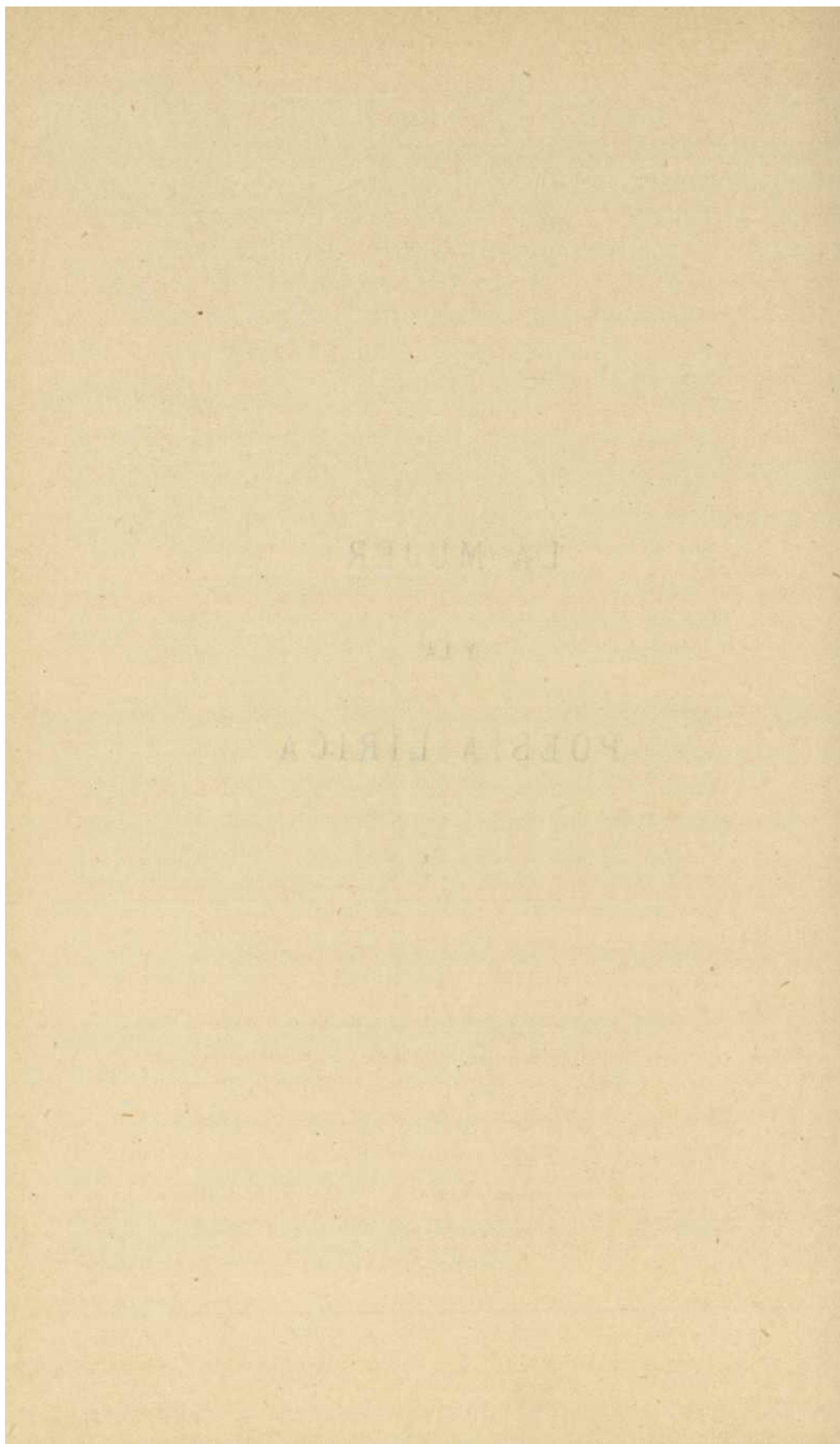


LA MUJER

Y LA

POESÍA LÍRICA

---





PIENSA en un cuadro en el que el pintor haya puesto los colores todos de su paleta, la luz al cielo robada, el interés de la composición, en las figuras del primer término; allá, en el fondo, hay lejanías vagas que se esfuman y pierden; tonos grises, indecisos, que no acaban de ahogar sombras inconcretas, incorpóreas é informes; trazos como soñolientos y sin matiz; líneas que no se marcan; puntos que bogan en el horizonte entristecido y confuso cual las ideas en la mente errática que á la región del ensueño se eleva. Imaginaos oír hermosa cantata en que las dulzuras arrobadoras de una melodía inefable, los primores todos de la gama musical, estén sostenidos por una canturía monótona y cansada; se mantengan flotando en el correr de temas, de acentos siempre iguales, sin vida siempre, contrastando con el rumoroso bullir de cristalinas notas con engarces de arpeggios unidas, encañados con eslabones de oro, para engendrar

deleitable conjunto, todo armonioso en el que, por la pobreza de los acordes, de los sonidos que le acompañan y siguen, más se destaca lo nitido y brillante del canto, más alucina y atrae este con el poder misterioso de lo bello.

Permitidme que en esta ocasión, ¡ya veis qué inmodestamente os lo pido! sea, en el cuadro lejanía confusa, trazo incoloro, matíz incierto; sombra que no acaba de formarse; en el concierto con que mis compañeros os regalan,—obsequio merecido á vuestros honores y deferencias,—canturía inarmónica, tema sin idea, nota que no vibra, disonancia extraña cuyo solo mérito es engrandecer los muy grandes de aquellos, abrillantarlos más al contrastar con los que me faltan, como más fulguran el diamante entre el negro terciopelo de una hermosa y las estrellas cuando rasgan con beso de luz las sombrías lobre-gueces de la noche. Y perdonad el largo simil, por gastado casi inservible.

No temais, también os lo aseguro, el empalago de doctrinales disertaciones; ¡ventajas de estar con ellas reñido ya que no por ansias del deseo por insuficiencia de la mente!

Un si es no es poeta, amante inconsciente de la poesía, aunque con las amarguras y el penar hondo del que ni es digno de postrarse ante la pudorosa doncella para hacerse su esclavo, no ya su amador fiel y rendido,